LA GUERRA IMPENSABLE

RUSIA – UCRANIA
SUS EFECTOS GLOBALES

Carlos Decker-Molina

LA GUERRA IMPENSABLE

RUSIA – UCRANIA
SUS EFECTOS GLOBALES

Primera edición: noviembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Carlos Decker-Molina

ISBN: 979-13-87909-36-9
ISBN digital: 979-13-87909-37-6
Depósito legal: M-22923-2025

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Chari,
«son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar».

Mande quien mande,
no puede haber una autoridad
superior a Dios.
Vladímir Putin, Kiev, 2013

La guerra no determina quién tiene la razón, sino quién queda
Bertrand Russell

Este libro habría sido imposible sin la ayuda de 1-94008159-149, que me envió material sobre el tema. Como agradecimiento eterno a su contribución, se lo dedico con todo respeto.

EL AUTOR

PRÓLOGO

Muy pocos pensaron que las amenazas y el agrupamiento de tropas rusas en la frontera con Ucrania iba a convertirse en una guerra en estos tiempos de economías cruzadas y globales, de libertades individuales cada vez más profundas, del crecimiento indescriptible de la inteligencia artificial (IA) y la multiplicación comunicativa vía redes sociales, que iba a producirse una guerra en Europa que, además, movilizaría y afectaría a todo el mundo.

La guerra impensable para Occidente, quizá no para Rusia.

Una manera de entender la invasión de Rusia a Ucrania es mirar por la cerradura de la historia. Dos países hermanados por la Rus de Kiev, eslavos y pertenecientes tanto al Imperio ruso como a la Unión Soviética (URSS) están luchando en el campo de batalla desde el 24 de febrero de 2022, y mientras se escribe el punto final de este ensayo no hay muestras de su final definitivo.

¿A costa de quién o quiénes? ¿Cómo explicarse la controversia? ¿Repitiendo lo que dice la propaganda de ambos lados? Tal vez la mejor manera de responder es investigar lo que pasó en ambos sitios e incluir a todos los protagonistas, como la propia Rusia, Ucrania con todos sus claroscuros, la Unión Europea (UE), los Estados Unidos (EE. UU.), la OTAN y Suecia y Finlandia, que cambiaron su paradigma neutral y no alineado para integrarse en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Desde que asumió el mando de Rusia, Vladímir Putin tuvo la meta de recuperar el prestigio imperial que tuvo su país hasta la desaparición de la URSS.

La segunda guerra de Chechenia, la que dejó a Grozni como tabla rasa, el ataque militar a la escuela capturada por guerrilleros chechenos y la muerte de 330 personas, muchas de ellas niños, bajo el pretexto (saludado por Occidente luego del 11 de septiembre) de la lucha contra el terrorismo, más el apresamiento de algunos oligarcas como el magnate petrolero Mijaíl Jodorkovski, acusado de delitos fiscales, y la eliminación de las elecciones directas para gobernadores, que pasaron a ser elegidos por el jefe del Estado (Putin lo justificó diciendo: «Es una medida necesaria para mantener unido al país»), fueron las primeras señas de que Putin imitaba a Stalin en el control total del Estado ruso.

El comunismo como herramienta ideológica desapareció. Además, la recuperación rusa timoneada por Putin no tiene ni siquiera la pátina socialdemócrata que habría soñado Mijaíl Gorbachov. Es una autocracia elegida con la complicidad de la Iglesia ortodoxa en una sociedad capitalista de tipo gansteril convertida en oligarquía.

¿Qué pasó en la Rusia de Putin?

Una mayoría de rusos, un año antes de los aprestos bélicos, estaba de acuerdo en que Rusia debía ser tomada en cuenta como una potencia mundial, lo que no implicaba posicionarse con Putin, a quien gran parte de la población citada despreciaba por autoritario. Después de iniciada la guerra, esa mayoría se ha visto rebajada en las encuestas.

La pregunta frecuente de antes de la guerra era: ¿no somos acaso una potencia nuclear?

Estos rusos modernos no añoran los años de la grandeza zarista o de la otra, la estalinista. Pertenecen a la nueva clase media rusa que vive bien y, en algunos casos, muy bien. El proyecto capitalista de Putin dio paso a una clase media que viaja, estudia y trabaja, tanto en Rusia como en el exterior, pasa las vacaciones en las costas del Mediterráneo y admira el capitalismo.

Dos frases

Hay dos frases que se escuchaban a menudo en la Rusia de la preguerra: «Dejen de moralizar» y «Dejen de joder con Crimea». Al fin y al cabo —dicen—, fue parte del gran Imperio ruso. Hay un tratado suscrito por los otomanos que testimonia la entrega de Crimea al reinado ruso de Catalina la Grande en 1783.

La realidad vigente no implica ver a Rusia como a una potencia económica como China, pero su recuperación militar no se puede ignorar. Además, tienen una «avanzada digital», algoritmos que se ocupan de alterar la verdad o que simplemente crean «verdades» basadas en datos falsos o medias verdades, y también pueden interferir en redes extranjeras, por lo menos eso es lo que sostienen algunas agencias de inteligencia de Occidente, entre ellas, el Mosad de Israel.

Hay otros, tal vez los más extremos, que recuerdan que los seguidores de Putin son los mejores discípulos de Joseph Goebbels.

¿La Rusia de Putin?

La Rusia oficial es la de Putin porque el control de los medios es total, es decir, no existe la posibilidad de otra opinión, ni tan siquiera de observación. Cuando comencé a escribir este texto, Putin recrudeció el desmantelamiento de la poca prensa independiente. Se la obligó a salir al exilio cuando la alternativa era la prisión. Hoy emiten y transmiten desde Letonia y Alemania.

Mi intención con este trabajo es tener una visión lo más objetiva posible; me hace falta personalmente porque soy un viejo seguidor de la política, la literatura, la música, el cine y el arte rusos. Además, en mi juventud fui admirador de la URSS, por lo menos de aquella que ganó la Segunda Guerra Mundial (SGM) o la de Máximo Gorki, Boris Pasternak, Vladímir Mayakovski o mi preferido, el autor de «No hay lado colombiano. No hay lado peruano. Solamente hay lado humano», Yevgueni Yevtushenko.

Citar a Tolstói, Dostoyevski, Chéjov, Piotr Chaikovski, Serguéi Prokófiev, Dmitri Shostakóvich o Serguéi Rajmáninov es parte

fundamental de la cultura universal. Por eso quiero explicarme personalmente lo que pasó, lo que está pasando y lo que puede pasar.

Buscaré alguna explicación en los meandros históricos. No será una tarea de historiador porque no lo soy. Es un ensayo de un periodista curioso, por eso los matices de crónica. Es también la suma de mis observaciones y muchas lecturas que pueden dar una pista para entender lo que está pasando entre Rusia y Ucrania no solo en el campo de batalla, sino en ambas sociedades.

Este libro está dividido en cuatro grandes partes. La primera, el conflicto. Es la observación de las razones o las sinrazones rusas. Luego le siguen las de Ucrania en el mismo tono.

La segunda parte es el contexto global. La guerra no solo afecta a los dos contendientes, hay otros protagonistas como EE. UU., Europa y la OTAN, aparato militar de Occidente. Son historias cruzadas que explican o niegan los argumentos de unos y de otros.

La tercera parte es el impacto global. Se aborda el impacto de la guerra en China y los otros poderes emergentes. Se ven afectados y, «sin querer queriendo», buscan alinearse.

Finalmente, la cuarta parte es la incertidumbre. Se refiere a los efectos de la guerra. Sin duda, termine o no el mundo, ya no será el mismo que antes del 24 de febrero de 2022, por eso analizamos las variables políticas, los acuerdos y desacuerdos, las secuelas nacionalistas y, en el mejor de los casos, la vigencia de la contradicción entre autoritarismo dictatorial y democracia liberal.

La presencia de Trump en su segundo periodo en la presidencia de EE. UU. aumenta el grado de incertidumbre. El presidente estadounidense pretende una Europa con líderes como él que conviertan las democracias en autocracias.

La intención es ofrecer un cuadro total, no solo la explicación de la contienda, sino también los impactos globales. La guerra en Ucrania, sin ser la Tercera Guerra Mundial (TGM), modificará muchas cosas en todo el globo y dejará enseñanzas importantes, malas y buenas.

¿Un retorno a la coexistencia pacífica entre poderes nucleares? ¿Preparación política, económica y militar como antecedentes de la TGM? ¿Guerras regionales como variante de la TGM? ¿Se abre la etapa del retorno a los imperios, sobre todo con la presencia de Donald Trump y su guerra comercial?

¿Nuevas alianzas EE. UU. y Rusia? ¿UE. y China?

El autor

• **Mapa 1: Ucrania antes de la guerra (fronteras pre 2022)**

El primer mapa muestra las fronteras reconocidas internacionalmente de Ucrania antes de la invasión completa de 2022, incluyendo Crimea (anexionada en 2014) y las regiones del Donbás bajo disputa hasta entonces. Representa el país tal como era hasta febrero de 2022. (Encyclopedia Britannica)

I. EL CONFLICTO

RUSIA

Lo que es más extraordinario aún es que un vidente le había advertido del grave peligro que le amenazaba en los idus de marzo, y ese, día cuando iba al Senado, Julio César encontró al vidente y riendo le dijo: «Los idus de marzo ya han llegado», a lo que el vidente contestó compasivamente: «Sí, pero aún no han acabado».

PLUTARCO

Un viejo refrán ruso dice: «La paz perpetua dura hasta la siguiente guerra».

1. La desaparición de la URSS y el surgimiento de la Federación Rusa

Todo comienza y termina con Mijaíl Gorbachov. El 9 de noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín y «se abrieron las anchas avenidas de la libertad». Fueron los idus de noviembre.

El 19 de agosto de 1991 Gorbachov fue apresado en su dacha de Crimea debido a un golpe palaciego perpetrado por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Boris Yeltsin resistió en Moscú el golpe estalinista e hizo posible la libertad y el retorno de Mijaíl Gorbachov. Luego, Yeltsin fue elegido presidente de la Federación Rusa. Una de sus medidas fue la ilegalización del Partido Comunista.

Surgieron voces de la disidencia que exigían que las tropas rusas se retiraran de los países de la Europa Central, exigencia que fue respondida por Valentin Falin, secretario general del Comité Central del todavía existente PCUS: «Desde el umbral de Europa, voy a decir que no podemos retirarnos de Europa porque somos sus dos terceras partes. En el pasado hemos escuchado también que debemos retirarnos de Asia. ¿A dónde tendríamos que retirarnos?».

Gorbachov, elegido presidente de la URSS, cargo inexistente hasta entonces, intentó salvar al coloso comunista con el Nuevo Tratado de la Unión (NTU). Ucrania y seis repúblicas más se negaron a suscribirlo y exigieron su independencia (véase documento uno).

El 8 de diciembre de 1991, en la reserva natural de Belovézhskaya Pushcha, se suscribió el Tratado de Belavezha por los pre-

sidentes Boris Yeltsin de Rusia, Leonid Kravchuk de Ucrania y Stanislav Shushkévich de Bielorrusia (véase documento dos).

El acuerdo fue comunicado por teléfono a Mijaíl Gorbachov, que dejó de ser presidente de la URSS porque esta desapareció, dando fin a la Guerra Fría (GF).

Mijaíl Gorbachov, en el segundo tomo de sus *Memorias*, escribe: «No nos engañemos, la causa principal de los vertiginosos cambios no fueron las intrigas del imperialismo. Tras ellas se hallaba, en realidad, el anhelo indomeñable de libertad de cada pueblo, junto con el deseo de desembarazarse de las bases y tropas extranjeras estacionadas en sus territorios y la arbitrariedad del "hermano mayor" y de independizarse del carácter e inclinaciones del próximo señor del Kremlin»[1].

Yeltsin, pero sobre todo Gorbachov, no pensaron que la desaparición de la URSS fuese una derrota geopolítica, sino que ambos la consideraron como el triunfo del reformismo socialdemócrata sobre el comunismo de la nomenklatura.

Hay voces olvidadas por la historia que surgieron después de la implosión de la URSS y que preveían un futuro mejor y la creación de una nueva Europa. Una de esas voces fue la de Alexander Yakovlev, muy cercano a Gorbachov, luego acérrimo crítico de Putin, que dijo sobre la reunificación de Alemania: «Los horrores de la guerra siguen impidiendo conciliar el sueño a millones de personas. No, no es que tengamos desconfianza en la reunificación de Alemania, pero debe haber claridad sobre su nuevo rol en la seguridad global», y recordó una frase famosa de Thomas Mann: «No debe crearse una Europa alemana, sino una Alemania europea».

Naturalmente, había una intención subyacente de separar Europa de Estados Unidos y crear un espacio europeo que Gorbachov llamó «nuestra casa común». El autor de la perestroika niega en sus memorias esa intención y señala más bien que la «casa común

1 *Memorias,* de Mijaíl Gorbachov, capítulo «Por qué se descompuso la comunidad de Estados socialistas», pág. 1127..

europea» debería ser un espacio que reconozca diferentes sistemas sociales, pero entrelazados sobre todo por la economía[2].

Yeltsin no tenía las luces intelectuales de Gorbachov, pero tuvo un ministro de RR. EE. como Andréi Kozyrev[3], uno de los ideólogos de la «casa europea» y la democracia. Según Javier Morales, que cita a Kozyrev: «La Rusia independiente debía adoptar una política exterior completamente nueva, ya que sus intereses eran opuestos a los de la URSS, sin reconocer ninguna continuidad histórica entre las necesidades del país en ambas etapas. Y cita a Kozyrev: «Las relaciones internacionales debían quedar subordinadas a las prioridades internas de establecer un sistema democrático y una economía de mercado». Aunque esto debiera realizarse, según él, mediante «contactos libres de ideología con todos los países amantes de la paz, sobre la base de la paridad y la reciprocidad», las prioridades quedaban claras: Rusia debía, ante todo, «encontrar un lugar adecuado como socio y potencial aliado entre las democracias occidentales prósperas», considerando a EE. UU. y al resto de Occidente «no solo como socios, sino como aliados».

Los liberales y socialdemócratas que rodearon a Gorbachov y a Yeltsin no eran mayoría. Había grupos en el *establishment* ruso postsoviético que veían esos devaneos liberales como la muerte de la identidad rusa. Por eso Kozyrev fue sustituido por un *apparatchik*, Yevgueni Primakov, que percibió la hegemonía unipolar de EE. UU. como la verdadera amenaza. Para el nuevo ministro de RR. EE. de Yeltsin, la política de su antecesor situaba a Rusia en una «posición de dependencia», un país que seguía al líder «occidental», que en realidad era Washington. A Primakov le sonó a traición la ampliación de la OTAN que se inició con el ingreso de Polonia y Hungría.

2 Véase «¿Qué fue de la casa común europea? Percepciones de Europa en la política exterior de Rusia», de Javier Morales Hernández. Universidad Complutense de Madrid.

3 Para Kozyrev, la Rusia independiente de principios de los noventa debía adoptar una política exterior completamente nueva, ya que sus intereses eran opuestos a los de la URSS, sin reconocer ninguna continuidad histórica entre las necesidades del país en ambas etapas.

Los nacionalistas rusos estaban ya al acecho y buscaban afanosamente un nuevo líder.

Esas dos tesituras, la democrática y la imperial, han coexistido en la historia de la URSS, pero con hegemonía de la segunda. Rusia tiene y ha tenido siempre una susceptibilidad hacia Occidente que no es otra cosa que desconfianza hacia el sistema democrático y sus derivados culturales. Posiblemente esas desconfianzas pesan a la hora de la seguridad mundial.

La Europa occidental pensaba que la recuperación rusa asumiría el camino liberal, es decir, que la caída de la URSS significaba una suerte de Revolución francesa sin guillotina y establecía la democracia liberal allí donde antes rigió la dictadura. Hubo algunos como Francis Fukuyama que consideraron que la historia había llegado a su fin.

También había ideólogos de la derecha, sobre todo en Inglaterra y EE. UU., que pensaban que había llegado la hora de enterrar no solo el comunismo, sino al país que lo cobijó durante 70 años.

El alcoholismo de Yeltsin, la rapiña de la oligarquía naciente y la inestabilidad en el interior de la Federación Rusa pusieron en alerta a los viejos cuadros comunistas/nacionalistas, sobre todo a los exfuncionarios de la KGB, que habían perdido el horizonte de su lucha y, naturalmente, algunas canonjías. Algunos trabajaban de taxistas o quedaron desocupados, entre ellos Vladímir Putin y Dmitri Medvédev.

2. Vladímir Putin, el salvador

El entorno de Yeltsin se fue volviendo cada vez más nostálgico y encontró al hombre que lo sustituiría: Vladímir Putin, cuyo pensamiento no coincidía con el libreto de la victoria del liberalismo frente al comunismo.

En un diálogo con el politólogo Arkadi Dubnov[4], Putin le dijo que «esperaba ser conocido como el restaurador del imperio hundido». Además, se veía a sí mismo como «protector y garante de la prosperidad y estabilidad de todo el espacio postsoviético».

Luego de la «algarabía del periodo de Yeltsin», Putin fue apoyado por los rusos y admirado en el exterior. Comenzó con la recuperación de símbolos, como la música del himno ruso imperial, el águila zarista, el retrato de Pedro el Grande, que apareció en el Kremlin, y reinstauró el control estatal de las principales empresas del país dirigidas por sus hombres de confianza, un grupo de oligarcas fieles, o por amigos de su época de San Petersburgo.

En un viaje de reportaje a Moscú, enviado por un medio latinoamericano a propósito del viaje de Putin a México en 2004, pude ser testigo de los cambios radicales entre la época de Yeltsin y la de Putin.

En cuatro años, el capitalismo ruso, de la mano de Putin, reconstruyó y edificó pisos modernos para su nueva clase media, que comenzaba a levantar cabeza.

4 Arkadi Dubnov, analista y experto político de Carnegie Endowment for International Peace. Véase entrevista en la web de la institución.

En el extremo proletario dialogué con una jubilada fabril que me dijo llamarse Olga («Me llamo como todas las rusas») y que vendía dulces de grosellas en las proximidades de una estación suburbana. Olga dijo: «Soy la empresaria capitalista de la Komunalka. Mi nieta y yo recogemos grosellas del bosque y fabricamos dulces que embotellamos en frascos previamente recolectados y bien lavados, y los vendemos aquí». Ya en ese momento había otro extremo, el del joven Yura, un cabeza rapada[5], que me dijo: «Putin tiene que limpiar la escoria chechena y debe poner orden. Nada de experimentos políticos. Nos tienen que respetar».

Estaba en formación una sociedad dividida entre los de arriba y los de abajo, y en el medio burócratas o empresarios vinculados al expansionismo capitalista de los amigos del presidente.

En esos primeros años de Putin en el Kremlin todavía se consideraba que Rusia se enrolaría en el mundo de la democracia, aunque históricamente nunca fue un país que la cultivó; hay dos interregnos cercanos a la democracia liberal: el de Kérenski y el de Yeltsin, que no prosperaron.

En una entrevista a Pietro D., viceministro de Relaciones Exteriores, encargado de América Latina, exfuncionario de la embajada de la URSS en la Argentina, este definió lo que significa la democracia para Rusia: «Nuestra democracia tiene que ser controlada». Cuando le pedí desarrollar el significado, se limitó a decir: «Cultivamos la democracia a la rusa».

Walter Lippmann usa el término «democracia guiada»[6], pero lo más probable es que la influencia tenga su origen en el texto de Mao Zedong titulado *Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo*. Ahí aparece: «La democracia debe estar guiada por el centralismo (minorías que acatan a las mayorías) y se reemplaza la libertad por la disciplina».

5 Cabeza rapada, símbolo en ese entonces de los neofascistas y los fascistas.

6 Walter Lippmman, filósofo estadounidense que plantea una democracia guiada para evitar el choque con el capitalismo.

Putin ha sido primer ministro en 1999, presidente entre 2000 y 2008 y primer ministro en 2008-2012. Reformó la Constitución para extender a seis años el mandato de los jefes de Estado y regresó a la presidencia en 2012. En 2024, en marzo, fue reelegido hasta 2030.

Putin inició su carrera desde el Kremlin «poniendo orden», lo que significaba tomar el control de dos temas: los medios de comunicación y la democracia «a la rusa».

El profesor Sheldon Wolin describe el proceso como un «totalitarismo invertido»[7], es decir, un Parlamento débil, un poder judicial complaciente y represivo, y partidos políticos que, cuando asumen el poder, se dedican a mantener el sistema que favorece al grupo dominante.

En la Rusia de Putin se debe dar la impresión de que la democracia es real, de que existe. Los rusos pueden participar en elecciones y hasta optar por agrupaciones políticas siempre minoritarias. Por eso los colaboradores cercanos de Putin tienen buenas relaciones con los partidos de la Duma, a los que les aseguran la financiación de sus campañas. Esos opositores pasan a ser unos adversarios de utilería político-teatral.

Lilia Shevtsova, que en 2004 era una funcionaria del Instituto Carnegie, de estudios de la paz, dijo que la visión que Putin tiene del Estado le recuerda a Luis XIV, que solía decir: «El Estado soy yo». Es más, el mismo Putin dijo alguna vez: «la dictadura de la ley y la verticalidad del poder» son los ingredientes más importantes de la democracia rusa.

Por su parte, Larisa, una colega periodista que se niega a decir su apellido, sostiene que la versión más moderna del Estado soviético es Putin: «Hay un entramado democrático, como partidos de oposición, pero todos saben de antemano quién ganará las elecciones».

---

7. Sheldon Wolin y su libro *Democracy Incorporated: Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism* (Democracia Incorporada: Democracia Gestionada y el Espectro del Totalitarismo Invertido).

El extremo se dio en plena guerra con Ucrania. Vladímir Ostrovenko, vicejefe de la presidencia rusa, dijo: «Si no hay Putin, no hay Rusia».

La pregunta que surge es: ¿Putin sigue siendo comunista o acaso es socialdemócrata, como lo intentó Gorbachov?

Una forma de responder esas preguntas es conocer a sus inspiradores.

2.1 Los inspiradores ideológicos de Putin

> … el ministro de Exteriores, Lavrov, sorprendido por la decisión de su jefe en febrero del año 2022, se quejó a un oligarca amigo de que Putin no se deja asesorar más que por tres personajes: Iván el Terrible, Pedro el Grande y Catalina la Grande[8].
>
> Timothy Garton Ash

Escuché por primera vez los nombres de esos intelectuales, filósofos, sociólogos y/o economistas, todos nacionalistas a ultranza, en un viaje de trabajo a Moscú. Estuve en las oficinas de la agencia de noticias RIA Novosti usando sus teletipos, y en ese escenario surgieron, sobre todo, tres nombres.

Era el cuarto año de Vladímir Putin en el poder. Encontré que Moscú renacía con un rostro más occidental. Había publicidad «imperialista» visible, comenzaba el *boom* de las nuevas edificaciones, se veían parejas tomadas de la mano y el hotel donde me alojé era extraordinariamente occidental por estar conectado a unas galerías que recordaban a París o al Mall of Scandinavia, con restaurantes, cafeterías y tiendas de moda.

Los automóviles atochaban las calles, al extremo que viajar del aeropuerto al hotel y a la inversa tomaba muchísimo tiempo.

8 Del artículo «Putin, Pushkin y el declive del Imperio ruso», escrito por Timothy Garton Ash en *El País* de España.

Ya entonces los «cuadros comunistas» se habían transformado en otra cosa, pero mantenían algunos rasgos de sus épocas de funcionarios del Partido Comunista, como el acendrado antiestadounionista. Encontré que tenían más simpatía por Europa y preferían no hablar de la desaparición de la Unión Soviética, pues en aquel entonces ya no eran soviéticos, eran rusos transformados por Putin en «muy rusos».

En esos días, los amigos, algunos conocidos y colegas hablaban de un nuevo filósofo que se estaba convirtiendo en un personaje importante en los pasillos del poder. Su nombre es Alexander Dugin.

Dugin era en ese momento profesor de Filosofía de la Universidad de Moscú y fundador del Partido Nacional Bolchevique, y uno de los inspiradores del «movimiento euroasiático», declarado antisemita y orgullosamente patriota. Es citado por Emmanuel Carrère en su novela biográfica de Limonov.

Me informaron de que fue consejero del líder de la ultraderecha Zhirinovski y, aunque no debió extrañarme, fue también consejero de Guennadi Ziugánov, que en ese momento era el líder de lo que quedaba del Partido Comunista de la Rusia soviética.

Antonio Elorza, de *El País,* sostiene que «se cerró un acuerdo entre Rusia y China que marca el comienzo de un nuevo orden internacional». El columnista dice que el divulgador de la buena nueva fue Alexander Dugin, que anunció el hundimiento del «liberalismo global y de la hegemonía occidental, vencidos por el bloque emergente del gran espacio chino y del proyecto euroasiático, en la actual guerra de civilizaciones».

En varias oportunidades me dijeron que Alexander Dugin sostenía que Rusia debe ser el «núcleo del antiatlantismo, del antiliberalismo y del antiglobalismo» porque «la cultura en general y la política de Occidente no pasan a las tradiciones rusas».

Sus charlas pueden escucharse en YouTube. Dugin habla dieciséis idiomas, y uno de ellos es el inglés. De esas conferencias se deduce que Dugin combate teóricamente la democracia liberal, el

liberalismo como ideología, el parlamentarismo, los derechos humanos, el individualismo y la libertad (libertinaje, dice) de prensa. Se declara multilateralista y tiene algunos rasgos esotéricos.

El Confidencial, un diario en línea, tiene una entrevista con Dugin que ha sido republicada por otros medios. De esa entrevista transcribo algunas respuestas que ayudan a entender la posición actual. Su prestigio nació en 1997, cuando publicó *The Foundations of Geopolitics: Russia's Geopolitical Future*, un *best seller* en Rusia, en el que plantea los conceptos de su teoría geopolítica euroasiática.

Una revista de tanto prestigio como *Foreign Affairs* sostuvo ya en 2014 que Dugin es el «cerebro de Putin».

Nicolás de Pedro, *senior fellow* en el Institute for Statecraft de Londres, señala que Dugin es influyente en sectores militares, pero «su peso es limitado, aunque su influencia intelectual no es nada desdeñable. Tiene digresiones esotéricas que llaman a la mofa, pero su pensamiento geopolítico se ha difundido mucho, particularmente en ámbitos políticos y militares».

En *El Confidencial* dice: «Soy enemigo de la hegemonía liberal occidental. Defiendo la multipolaridad y el pluralismo de las civilizaciones. Hay muchas cosas en común entre mi filosofía y la política de Putin».

Dugin suele hablar de sus maestros y los cita a pesar de las diferencias: «Lenin, Mussolini, Hitler, Leni Riefenstahl, Mayakovski, Julius Evola, Jung, Mishima, Wagner, Lao Tzu, Che Guevara y Guy Debord», una mezcla de políticos, poetas, cineastas, teóricos y guerrilleros.

Al lado de Dugin hay otros dos pensadores que aportan sus ideas a la nueva ideología rusa. Los más allegados a Putin son Serguéi Gláziev y Vladislav Surkov.

El primero es autor de *Rusia y el nuevo orden mundial* y tiene cuarenta libros publicados traducidos al inglés por Executive New World Order. En las páginas del libro sostiene que el desastre humano de los años treinta es incomparablemente menor al costo social de los experimentos democráticos de 1990.

El autor está seguro de que lo mejor para Rusia es volver a los controles: «o nos sometemos pasivamente a una política suicida de autodestrucción y colonización de Rusia, que es impuesta desde el exterior (léase Occidente) mediante el engaño y la corrupción, o avanzamos hacia una estrategia científicamente fundamental para el crecimiento económico, la mejora del bienestar del pueblo y la restauración de la fuerza espiritual-intelectual y el potencial científico y técnico del Estado ruso».

Gláziev es ucraniano, nacido en Zaporiyia, y fue ministro de Asuntos Económicos en el gabinete de Boris Yeltsin. Fue candidato a la presidencia de la Federación Rusa y líder del bloque electoral Rodina.

Vladislav Surkov es el ideólogo que introdujo el concepto de «democracia soberana». Según él, la democracia soberana está en función de las condiciones específicas de Rusia, que no son necesariamente parte del modelo occidental. Es checheno y creador de las bandas juveniles nacionalsocialistas llamadas Nasji, grupos que crearon la Z que se ha convertido en un símbolo del nacionalismo ruso, a pesar de que es una letra que no existe en el alfabeto ruso. Algunos tanques y otros vehículos militares en la guerra en Ucrania tienen pintada la letra Z.

Los otros inspiradores ideológicos de Putin y su entorno son Iván Ilyín, Nikolái Berdiáyev y Vladímir Solovyov.

Putin fue el impulsor del traslado de los restos de Iván Ilyín (1883-1954) a Rusia. Estaba sepultado en Suiza y fue trasladado al Monasterio de Donskoy de Moscú. En ocasión de la ceremonia dijo: «Intentar hablar de la separación entre Rusia y Ucrania es un delito». Ilyín no fue comunista ni socialista, fue un teórico nacionalista y, sobre todo, eslavista. En sus comienzos fue monárquico y defensor de valores tales como la piedad religiosa y la familia.

Tres grandes ideas oxigenan la filosofía de Ilyín: «Rusia debe ser el faro de la espiritualidad, la creencia y la práctica de la ortodoxia cristiana y el autoritarismo». En otro escrito, Ilyín dice que «Occidente exporta el anticristo». Así se explica el pensamiento de Putin

con referencia al feminismo, el homosexualismo, el género y otras identidades posmodernas.

Los otros dos pensadores, Berdiáyev y Solovyov, tienen similitudes con Ilyín. Para el primero, por ejemplo, es importante la defensa de la tradición, la moral y la espiritualidad. Y, para terminar, Solovyov, teórico del misticismo y del eslavismo, dice: «La misión rusa es ser la tercera Roma».

Las expresiones prácticas de la ideología imperial se pueden observar sobre todo en Chechenia, Transnistria y Georgia. El derrumbe de la URSS dejó a la deriva muchos sitios que no encuentran pertenencia cultural o están poblados por rusoparlantes que no aceptan pertenecer a otra nacionalidad.

Es importante observar cuáles fueron esos islotes a la deriva que Putin intentó someter a la hegemonía de la Gran Rusia.